

mente, murió frente al enemigo su hermano, el capitán de Húsares don Joaquín Palarea. Sólo quedaba a su lado su hermano Mariano, que alcanzaría la graduación de coronel de Húsares. La guerra impone su tributo y Palarea hubo de pagarlo con sus seres más queridos.

Pero no todo habían de ser tristezas y de orden del gobierno tuvo que detallar esta acción del puente del Burguilla para premiar a los que en ella se habían distinguido. No acabó aquí el reconocimiento público por su heroica actuación, hacía tiempo que sus hechos de armas se habían extendido en cuatro direcciones, hacia los franceses que sufrían su ímpetu y valía; a sus jefes y gobierno que premiaban sus victorias; al pueblo que cantaba sus hazañas y a lord Wellington que fríamente seguía de lejos su campaña. De aquí que el duque de Ciudad Rodrigo solicitara la concesión del regente inglés Jorge III de unos sables de honor para premiar la heroica labor de los principales guerrilleros, tanto para galardonar sus hazañas como para estimularlos a continuar luchando y lograr una perfecta inteligencia con ellos. La concesión fué hecha a muy pocos y entre ellos al Empecinado, a D. Julián Sánchez y a D. Juan Palarea «en prueba de admiración por su valor y constancia». El general lord Wellington ceñía el sable de honor al cuerpo del coronel Palarea en nombre del Regente de Inglaterra el día 25 de julio de 1812, precisamente a los tres días justos de la batalla de los Arapiles, ganada a las fuerzas del duque de Ragusa por Wellington aprovechando la campaña en Rusia de Napoleón.

Día de gloria para los guerrilleros y de satisfacción al ver así reconocidos públicamente sus méritos, pero también comienzo de una responsabilidad mayor para sus futuras actuaciones. Este galardón sirvió para unir con firmes ligaduras al general inglés y a los guerrilleros y de él nació una cordial y sólida compenetración, ratificada poco después con el nombramiento del duque de Ciudad Rodrigo como generalísimo de los ejércitos españoles.

La victoria de los Arapiles que costó la vida al mariscal Marmont tuvo graves consecuencias para los franceses. El camino de Madrid quedaba abierto y no existía posibilidad de contener momentáneamente el ataque combinado de las fuerzas anglo-portuguesas y españolas. El rey José, de acuerdo con su jefe de Estado Mayor, mariscal Jourdan, decidió abandonar la capital y replegarse hacia Valencia y el mariscal Soult hubo de levantar el sitio que tenía puesto a Cádiz. José Bonaparte encargó al general Hugo, padre del célebre novelista, de la guardia de Madrid

